

volateria, que también es sólo para reyes y grandes señores. Así que, ¡oh Sancho!, mudad de opinión, y cuando seáis gobernador ocupaos en la caza, y veréis como os vale un pan por ciento.

— Eso no, — respondió Sancho: — el buen gobernador, la pierna quebrada y en casa. Bueno sería que viniesen los negociantes á buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose: así enhoramala andaría el gobierno. Mía fe, señor, la caza y los pasatiempos más han de ser para los holgazanes que para los gobernadores: en lo que yo pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidado las pascuas, y á los bolos los domingos y fiestas; que esas cazas ni cazos no dicen con mi condición ni hacen con mi conciencia.

— Plega á Dios, Sancho, que así sea; porque del dicho al hecho hay gran trecho. ^a

— Haya lo que hubiere, — replicó Sancho, — que «al buen pagador no le duelen prendas», y «más ^b vale al que Dios ayuda que

^a. ...trecho, dize el Duque. TON. = ^b. ...mas le vale. ARG._{1,2}, BENJ.

conjunto su clase; pero ellos se creían serlo, como lo habían sido sus inmediatos antepasados, y justificaban su verdadera manía por la caza mayor, con la necesidad de aprender un oficio que casi ninguno de ellos había de practicar en su vida.» (SALCEDO. *Estado social que refleja el « Quijote »*, pág. 26.)

1. ...es sólo para reyes y grandes señores. — «Este lenguaje en labios de Carlos V, ó de un Grande de su tiempo, no hubiera podido ser más propio; pero en boca de un Grande de Felipe III, resultaba poco menos atávico y anacrónico que el de D. Quijote respecto de la caballería andante. D. Quijote se creía doscientos años atrás; el Duque treinta ó cuarenta; ambos estaban fuera de su tiempo; pero en el Duque, por ser menor el anacronismo, y por ir éste conforme al pensar común, que no se había dado cuenta todavía de aquel cambio en el modo de ser de la Grandeza, pasaba inadvertido, y no era locura, sino hábito mental muy propio de su condición y clase.» (SALCEDO. Obra citada, pág. 27.)

1. Así que, ¡oh Sancho!, mudad de opinión, y cuando seáis gobernador ocupaos en la caza, y veréis como os vale un pan por ciento. — Á la alabanza que del ejercicio de la caza hace el Duque, opone Cervantes su opinión, en forma tal, que diríase una sátira del excesivo amor á la caza con mengua de más altos deberes.

Seguramente, se ha dicho á este propósito, Cervantes había tropezado, en sus pretensiones ó negociaciones en la corte, con gobernadores aficionados á la caza, que, con esta vana imagen de la guerra, la daban efectiva á los desgraciados que tenían que esperar todo de ellos.

5. Bueno sería que viniesen los negociantes á buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose. — Ya en la ley de *Partidas* se dijo: «Nin otro si non deuen tanto vsar della, que les embargue los otros fechos, que han de fazer.»

al que mucho madruga», y «tripas llevan^a pies, que no pies á tripas». Quiero decir que, si Dios me ayuda y ^b yo hago lo que debo con buena intención, sin duda que gobernaré mejor que un gerifalte^c: no sino pónganme el dedo en la boca, y verán si aprieto ó no.

— ¡Maldito seas de Dios y de todos sus santos, Sancho maldito! — dijo D. Quijote. — ¡Y cuándo será el día, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razón corriente y concertada! Vuestras grandezas dejen^d á este tonto, señores míos, que les molerá las almas, no sólo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes, traídos tan á sazón y tan á tiempo, cuanto le dé Dios á él la salud, ó á mí si los querría^e escuchar.

— Los refranes de Sancho Panza, — dijo la Duquesa, — puesto que son más que los del Comendador griego, no por eso son ^f menos ^g de estimar por la brevedad ^h de las sentencias. De mí sé decir que me dan más gusto que otros, aunque sean mejor traídos y con más sazón acomodados. ⁱ

Con esto y otros entretenidos razonamientos salieron de la tienda al bosque, y, en requerir algunas paranzas, ⁱ presto se les pasó el día y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga como la sazón del tiempo pedía, que era en la mitad del verano; pero un cierto claro oscuro que trujo ^j consigo ayudó mucho á la intención de los Duques. Y ^k, así como comenzó á anoecer, un poco más adelante del crepúsculo, á deshora pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ^l ardía; y luego se oyeron por aquí y por allí ^m, por acá y por acullá, infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaban ⁿ.

^a. ...llevan á pies. ARG.₁. = ^b. ...ayuda è yo. BR.₄. = ^c. ...girifalte. BR.₄. TON., MAI. = ^d. ...grandezas dexan à. BR.₄. = ^e. ...si los quisiera escuchar. ARG._{1,2}, BENJ. = ^f. ...son en menos. TON. = ^g. ...menos en de. C.₄. = ^h. ...la verdad de. ARG._{1,2}, BENJ. = ⁱ. ...paran-

zas y presto. C.₄, BR._{4,5}, TON., BOW. = ...paranzas y presto. FK. = ^j. ...trazo. BR.₂. = ...trajo. MAI. = ^k. ...Duques. Affi como. BR.₂, TON. = ^l. ...partes ardia. TON. = ^m. ...alli y por. C.₄, BR._{4,5}, BOW. = ⁿ. ...passava. C.₄, BR._{4,5}, TON., BOW. = ...pasaba. PELL.

19. ...y, en requerir algunas paranzas, presto se les pasó el día. — Así se lee en la edición de Cuesta; cuya lección, salvo la omisión de la conjunción y delante de *presto*, en armonía con el texto publicado en 1662 por Mateo Fernández, hemos aceptado, ya que las objeciones que pueden y deben hacerse á la variante «paranzas y puestos se les pasó el día», introducida en las ediciones de Valencia, Barcelona, Academia primera y segunda, y todas las que le siguieron, son tales, que autorizan indirectamente el pasaje de Cuesta, sobre todo no siendo verdaderos sinónimos los vocablos *paranzas* y *puestos*.

La luz del fuego, el son de los bélicos instrumentos, casi cegaron y atronaron los ojos y los oídos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lelilies, al uso de moros cuando entran en las batallas; sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pífaros, casi todos á un tiempo, tan continuo^a y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedara sin él al son confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el Duque, suspendióse la Duquesa, admiróse D. Quijote, tembló Sancho Panza, y, finalmente, aun^b hasta los mismos sabidores^c de la causa se espantaron.

Con el temor les cogió el silencio, y un postillón que en traje de demonio les pasó por delante, tocando, en vez de corneta, un hueco y desmesurado cuerno que un ronco y espantoso son despedía.

« — ¡Hola, hermano correo! — dijo el Duque. — ¿Quién sois? ¿adónde váis? y ¿qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa? »

Á lo que respondió el correo, con voz horrisona y desenfadada^d: « — Yo soy el diablo: voy á buscar á D. Quijote de la Mancha. La gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante traen á la sin par Dulcinea del Toboso. Encantada viene con^e el gallardo francés Montesinos á dar orden á D. Quijote de cómo ha de ser desencantada la tal señora.

— Si vos fuérades diablo, como decís y como vuestra figura muestra^f, ya hubiérades conocido al tal caballero D. Quijote de la Mancha^g, pues le tenéis delante.

a. ...continuo. TON., GASP. = b. ...finalmente, hasta. A., ARR., CL., RIV., GASP., FK. = c. ...mismos sabedores de. MAL. = d. ...con voz unísona y des-

entonada: yo. ARG., BENJ. = e. ...con ella el. ARG., = f. ...muestra, dize Don Quizote, ya. TON. = g. ...tal Cavallero, pues le. TON.

1. La luz del fuego, el son de los bélicos instrumentos, casi cegaron y atronaron los ojos y los oídos de los circunstantes. — Al número de construcciones raras, de las que hay no pocas en el *Don Quijote*, pertenece también ésta.

21. Encantada viene con el gallardo francés Montesinos á dar orden á D. Quijote de cómo ha de ser desencantada la tal señora. — En el capítulo que sigue á éste se da la traza para el desencanto; pero no es Montesinos, sino Merlin, el que propone los medios que para ello han de usarse. Tomando esta narración como la de una historia real y verdadera (digámoslo con este pleonismo), fuera pecado grave contradicción tan patente; mas nosotros la tenemos por alarde de ingenio que se goza en crear dificultades para vencerlas con sin igual donaire. Guarde esta advertencia el lector, pues á pocas líneas de este lugar topará con el encuentro de Merlin y D. Quijote.

— En Dios y en mi conciencia, — respondió el diablo, — que no miraba en ello, porque traigo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de^a la principal á que venía se me olvidaba.

— Sin duda, — dijo Sancho, — que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano, porque, á no serlo, no jurara en Dios y en mi^b conciencia: ahora yo tengo para mí que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente. »

Luego el demonio, sin apearse, encaminando la vista á D. Quijote, dijo: « — Á ti, el Caballero de los Leones (que entre las garras de ellos te vea yo), me envía el desgraciado pero valiente Caballero Montesinos, mandándome que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topare, á causa que trae consigo á la que llaman Dulcinea del Toboso, con orden de darte la que es menester para desencantarla. Y, por no ser para más mi venida, no ha de ser más mi estada: los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con estos señores. » Y, en diciendo esto, tocó el desaforado cuerno, y volvió las espaldas, y fué sin esperar respuesta de ninguno.

Renovóse la admiración en todos, especialmente en Sancho y^c D. Quijote: en Sancho en^d ver que, á despecho de la verdad, querían que estuviese encantada Dulcinea; en D. Quijote por no poder asegurarse si era verdad ó no lo que le había pasado en la cueva de Montesinos. Y, estando elevado en estos pensamientos, el Duque le dijo: « — ¿Piensa vuesa merced esperar, señor D. Quijote? »

— ¡Pues no! — respondió él. — Aquí esperaré intrépido y fuerte, si me viniese á embestir todo el infierno.

— Pues, si yo veo otro diablo y oigo otro cuerno como el pasado, así esperaré yo aquí como en Flandes », dijo Sancho.

En esto se cerró más la noche, y comenzaron á discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen, á nuestra vista, estrellas que corren. Oyóse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de

a. ...que la. TON. = b. ...y en conciencia. TON. = c. ...y en Don. A., PELL., ARR. = d. ...Sancho por ver. TON., MAL. — ...Sancho de ver. ARG., BENJ.

1. — En Dios y en mi conciencia... porque, á no serlo, no jurara en Dios y en mi conciencia. — ¡Qué ingenua malicia, si pueden andar juntas entrambas palabras, ésta del buen Sancho!

bueyes, de cuyo chirrío, áspero y continuado, se dice que huyen los lobos y los osos, si los hay por donde pasan. Añadióse á toda esta tempestad otra que las aumentó todas, que fué que parecía verdaderamente que á las cuatro partes del bosque se estaban dando á un mismo tiempo cuatro reencuentros ó batallas; porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, lejos se reiteraban los lelilíes^a agarenos. Finalmente, las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, y, sobre todo, el temeroso ruido de los carros, formaban todos juntos un son tan confuso y tan horrendo, que fué menester que D. Quijote se valiese de todo su corazón^b para sufrirle; pero el de Sancho vino á tierra, y dió con él desmayado en las faldas de la Duquesa, la cual le recibió en ellas, y, á gran priesa, mandó que le echasen agua en el rostro. Hizose así, y él volvió en su acuerdo á tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba á aquel puesto.

Tirábanle cuatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros: en cada cuerno traían atada y encendida una grande hacha de cera; y encima del carro venía hecho un asiento alto, sobre el cual venía sentado un venerable viejo, con una barba más blanca que la misma nieve, y tan luenga que le pasaba de la cintura. Su vestidura era una ropa larga de negro bocací, que, por venir el carro lleno de infinitas luces, se podía bien divisar y discernir todo lo que en él venía. Guiábanle dos feos demonios vestidos del mismo bocací, con tan feos rostros, que Sancho, habiéndolos visto una vez, cerró los ojos por^c no verlos otra.

Llegando, pues, el carro á igualar al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y, puesto en pie, dando una gran voz, dijo: «—Yo soy el sabio Lirgandeo^d.» Y pasó el carro adelante, sin hablar más palabra.

Tras este pasó otro carro de la misma manera, con otro viejo entronizado, el cual, haciendo que el carro se detuviese, con voz no

a. ...lililíes. C.₄, V.₃, BR.₄,⁵, BAR., | para. ARG.₁. = c. ...ojos para no. MAI.
Bow., MAI. = b. ...corazon y ánimo | = d. ...lingandeo. ARG.₂, BENJ.

1. ...que huyen los lobos y los osos, si los hay. — Levanta el dómine la palmeta: «Pudieran excusarse las últimas palabras, porque lo que no hai no huye.»

Pudiera haberse excusado esa censura, puesto que *si los hay* equivale á *cuando los hay, siempre que los hay*.

menos grave que el otro, dijo: «—Yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la desconocida.» Y pasó adelante.

Luego, por el mismo continente, llegó otro carro; pero el que venía sentado en el trono no era viejo, como los demás, sino hombre robusto y de mala catadura, el cual, al llegar, levantándose en pie como los otros, dijo, con voz más ronca y más endiablada: «—Yo soy Arcaus el encantador, enemigo mortal de Amadís de Gaula y de toda su parentela.» Y pasó adelante.

Poco desviados de allí hicieron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas; y luego se oyó otro no^a ruido, sino un son de una suave y^b concertada música formado, con que Sancho se alegró y lo tuvo á buena señal, y, así, dijo á la Duquesa, de

a. ...y luego no se oyó otro ruido. | ARG.₁, BENJ. = b. ...suave ó concertada. FK.
A.₁, PELL., ARR., CL., RIV., GASP.,

1. «—Yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la desconocida.» — Superior á Bowle, padre de los cervantistas, Clemencin, haciéndose fuerte en la lectura de los libros caballerescos, trae, á propósito de estos nombres, una de esas notas que recuerdan, á los que á tal linaje de estudios se consagran, la afirmación de que el mérito de tan asendereado comentarista se cifra casi por entero en el profundo conocimiento que de la literatura andantesca habia adquirido.

No se estime, pues, como reparo que menoscabe tal gloria la rectificación que forzosamente nos impone la critica: la de advertir al lector que el entendido maestro, por no conocer el texto catalán ni el texto castellano del *Tirant lo Blanch*, acudió, para socorro de su erudición, al texto francés de Caylús, quien, sin ningún miramiento ni escrúpulo, más que traducción, nos dió un arreglo, en el que se deslizaron errores como el de tener á Urganda por hermana de Artús:

«En la tercera parte de *Tirante*, se califica á Urganda la desconocida de hermana del Rey Artús, y aun de Reina, y se dice que anduvo buscándole cuatro años, al cabo de los cuales, le halló encantado en una jaula de plata en el palacio del Emperador de Constantinopla. El Emperador no sabia quién era, sólo dijo que el caballero tenia una espada, á la que llamó Sealibor, que parecia muy buena. En ella leia Artús todo lo que pasaba entre los hombres.»

Así lo dice el *Quijote* de Clemencin (1), quien, para autorizar su nota, hace esta cita: «Pág. 371 de la traducción Caylús.»

Cierto, el escritor francés habia dicho: «*Dès qu'il sut que la sage Urgande, sœur du roi Artus.*» (2)

Véase ahora, en su original *Tirant lo Blanch* (3), cómo Caylús confundió á Morgana con Urganda, lo cual es muy distinto: «*Llavors, la reyna Morgana, la qual era la propia germana.*»

(1) Tomo V, pág. 213.

(2) II, 47.

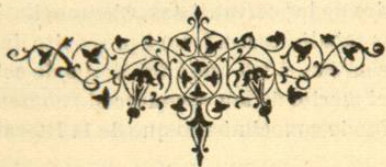
(3) II, 400. Ed. AGUILÓ.

quien un punto ni un paso se apartaba: «—Señora, donde hay música no puede haber cosa mala.

— Tampoco donde hay luces y claridad », respondió la Duquesa.

5 Á lo que replicó Sancho: «—Luz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podría ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas.

— Ello dirá », dijo D. Quijote, que todo lo escuchaba. Y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XXXV

Donde se prosigue la noticia que tuvo D. Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos

5 AL compás de la agradable música vieron que hacia ellos venía un carro de los que llaman *triumfales*, tirado de seis mulas pardas, encubiertas, empero, de lienzo blanco; y sobre cada una venía un diciplinante^a de luz, asimesmo vestido de blanco, con una

a. ...disciplinante. TON. — ...disciplinante. ARR., MAL., FK.

El cuadro que se nos presenta aquí: D. Quijote abrazando á Sancho y cubriendo de besos sus mejillas, lleno de alborozo porque su escudero, despues de tenaz resistencia, concede en darse los tres mil y trescientos azotes para el desencanto de la *argentada* ninfa; es el triunfo de la palabra humana puesta al servicio de una mala causa, de un propósito diabólico, de una burla sangrienta y cruel, sostenida con tal arte, con tanto ingenio, que Sancho, padre del encantamiento, creyó en la necesidad del vapuleo de sus carnes para que volviese á su pristina belleza la sin par Dulcinea del Toboso.

Que el proceso de tanta ficción merece nuevo aplauso, lo dirá el lector que enlace esta escena con aquella en que una de tres humildes labradoras pasó ante la consideración del enamorado caballero por la más alta y encumbrada señora de su pensamiento.

Línea 6. *...y sobre cada una venía un diciplinante de luz.* — Á diferencia del *disciplinante de penca*, á quien sacaban públicamente para ser azotado, el *disciplinante de luz* sólo salía á la vergüenza.

No hay que confundir á ninguno de estos con el *flagelante*, « hereje de una secta que apareció en Italia en el siglo XIII y se propagó en el siguiente por Alemania, cuyo error consistía en preferir, como más eficaz para el perdón de los pecados, la penitencia de los azotes á la confesión sacramental ».